Antiguas creencias vinculadas al mar

Virginia Lacherre Calderón

Los cronistas de los siglos XVI y XVII nos han dejado valiosísimos testimonios sobre lo que fueron las civilizaciones del mundo andino prehispánico, pueblos que alcanzaron un alto grado de desarrollo, pero que no conocieron la escritura sino hasta la llegada de los españoles[1], es decir, que se adoptó la que ellos trajeron.

Los autores de las crónicas las escribieron con propósitos muy distintos unos de otros. Unos escribieron crónicas oficiales, otros lo hicieron por simple vocación o por la impresión que causó en ellos el Nuevo Mundo, otros por encargo del gobierno virreinal, o con propósitos vinculados a la tarea evangelizadora que asumieron en estas tierras; algunos incluso escribieron sin siquiera llegar a conocer aquello sobre lo que escribían, ya que nunca llegaron a América, como ocurre con los llamados Cronistas Mayores de Indias, que lo hacían basándose en los informes que llegaban a la metrópoli. Existen también crónicas escritas por hombres nativos de los Andes, pero estas últimas son muy escasas.

Además de los testimonios arqueológicos y etnográficos, esas crónicas constituyen casi la única fuente a partir de la cual es posible reconstruir la historia de los pueblos del Ande, principalmente aquella relacionada con las estructuras mentales, una de cuyas manifestaciones es la vida religiosa.

Quienes escribieron en los siglos XVI y XVII se enfrentaban a un mundo de ideas que les era totalmente ajeno y como resultado natural distorsionaron muchas de las cosas que vieron, haciendo analogías un poco forzadas que hoy sabemos estaban muy alejadas de la realidad. El concurso de las diversas disciplinas sociales que se desarrollan actualmente permite, sin embargo, que podamos extraer de esos antiguos escritos lo que podría llamarse información en bruto, dejando de lado lo relativo a las

1 Existe una discusión muy amplia sobre el tema de la escritura en el mundo andino, sin embargo, no es materia del presente artículo, por lo que no vale la pena profundizar en el asunto.

interpretaciones que hicieran sus autores y aún interpretar y hallar los razonamientos lógicos que llevaron a ellas para acercarnos con mayor objetividad a los hechos propiamente históricos.

A través de esos escritos sabemos por ejemplo que el mar jugó un papel muy importante para el desarrollo de los pueblos asentados en el litoral y también para los habitantes de las alturas andinas, creando en torno a él un mundo de seres míticos alrededor de los cuales organizaron su vida religiosa, moral e incluso la social y económica.

Veamos pues lo que es posible conocer respecto a los antiguos cultos vinculados al mar a través de los ricos testimonios de las crónicas, de la arqueología y la etnografía.

Algunos hallazgos arqueológicos en el litoral permitieron a estudiosos como Max Uhle, Julio C. Tello y a su discípula Rebeca Carrión determinar en sus investigaciones la existencia de un culto especial en las islas cercanas a la costa, relacionado con el guano, la pesca, la caza del lobo marino y otros animales de la fauna oceánica y tributado a deidades profundamente relacionadas al mar.

Esas islas desertícas tuvieron profunda significación religiosa, ya que más allá de ser islas y de cobijar inmensas cantidades del rico fertilizante que acumulaban las aves marinas, eran consideradas lugares sagrados de reverencia, por ser residencia de algunas divinidades, tierra de los muertos y cementerio para el reposo de las almas (los pueblos de la Costa enterraban a sus difuntos en la tierra rodeada de mar para que esté libre de profanaciones).

Este culto está vinculado, según sostiene el padre Calancha, en la *Crónica Moralizadora del Orden de San Agustín (1639),* a la veneración a los montes. Este culto a los montes puede ser interpretado de dos modos: como primario o como derivado. En el primer caso su raíz es antropomorfista: el monte en sí, es un ser poderoso, es un Dios. En el segundo el monte se convierte en lugar sagrado por ser residencia o morada de un Dios.

Por su parte, Jijón y Camaño, estudioso de las primeras décadas de nuestro siglo, compara las islas del litoral con las del lago Titicaca que, como las del litoral, no eran consideradas divinidades sino lugares sagrados donde se establecía comunicación con la divinidad que allí habitaba.

Julio C. Tello, en su obra *Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Prehispánicas Andinas* (1942), manifiesta que las islas del Pacífico fueron en la antigüedad teatro de grandes acontecimientos. Macabi, Guañape, Chao, Don Martín, San Lorenzo, Pachacámac, Asia y el grupo Chincha fueron las más celebradas y tenían nombres de dioses cuya historia conserva la tradición, como Akat, Shina, Kawillaca, etc. Apunta Tello que en la mayoría de éstas se hallaron, debajo de la capa de guano, restos de adoratorios y templos, cadáveres de mujeres decapitadas, alfarería ceremonial y otros objetos rituales.

Frente a la península de Paracas se encuentran las islas Chincha y San Gallán y otras muy ricas en guano, que en la

antigüedad, como Pachacámac, Cusco y Chan Chan, tuvieron la misma importancia religiosa. Se dice que grupos de hombres embarcados en balsas con agua y víveres, permanecían en las islas temporalmente, dedicados de entero al culto. Llevaban ofrendas y animales para sacrificios. En una de sus obrasTello refiere un hallazgo hecho en la isla de Arica en 1847. Se trata de una cajita que contenía un ídolo de oro, otro de plata, una llama de oro y otras de piedra y algunas piezas de cobre, material extraído del penacho de la isla, según informó en aquel entonces don José de Espinar, remitente de este tesoro a la autoridad portuaria de Arica. Este hallazgo demuestra la llegada del hombre antiguo a las islas del litoral, ya sea para cumplir con ritos religiosos relacionados con la muerte o para extraer el guano, fertilizante que revitalizaba los campos. Otro importante hallazgo se realizó en Guañape, consistente principalmente de cadáveres decapitados de mujeres, lo que prueba que en la costa eran muy antiguos los sacrificios de doncellas, a las que adornaban con joyas y planchas de oro antes de degollarlas y sepultarlas bajo el guano. Tello expresa que el culto al guano guardaba relación con el culto a la fecundidad, a cuya diosa le ofrecían en sacrificio mujeres doncellas.

En la mitología de la costa norte hay una deidad, ave humana feminoide, con proyección astral a la Luna (Shi), diosa de la fecundidad con poderes fecundantes y de control de las aguas del mar, de la que depende la pesca. Según la relación del cronista Juan de Samano, Francisco Pizarro, halló en la isla de La Plata, situada frente al litoral ecuatoriano, un bellísimo adoratorio con la imagen de una diosa femenina con un niño en brazos. Las cerámicas Mochica y Chimú muestran también que las islas eran lugares de residencia de la diosa Luna. Además en ciertas islas como Puná, San Lorenzo, Santa Clara y otras, se solía enterrar a los señores principales de la costa inmediata.

El cronista y extirpador de idolatrías Pablo José de Arriaga escribió: "Los pueblos de Huacho y otros de la costa dicen que van a la isla del guano, y que los llevan lobos marinos, que ellos llaman "Tumi". Había la creencia –dice Valcárcel– de que los hombres después de la muerte tenían que hacer un largo recorrido por regiones accidentadas, pasar ríos y sitios muy peligrosos, durante el cual llevaban como guía a un perro negro, de allí que en muchas tumbas se encuentren estos perros; ello llevó a Hans Horkheimer a pensar que quizá se procuró la cría de estos mamíferos entre los pueblos de la costa con fines religiosos.

En la isla de La Plata, situada frente al litoral ecuatoriano, se decía que los indios hacían sacrificios y mataban corderos, ovejas y algunos niños y ofrecían su sangre a los ídolos. También se dice que cuando alguien enfermaba de un miembro –una pierna por ejemplo, o un brazo, etc.– bastaba con ofrecer a la divinidad de la isla un miembro igual hecho de oro. o plata o de material fino y pronto curaba. En ella Pizarro y el piloto Bartolomé Ruiz hallaron numerosos objetos de metal que reproducían miembros humanos cortados. También en excavaciones se han encontrado figuras, ceramios y artefactos pertenecientes a la cultura Bahía,

más no se hallaron restos de habitación en la isla.

En el caso de la isla Santa Clara, ubicada a la entrada del golfo de Guayaquil, cronistas como Antonio de Herrera y Pedro Cieza de León, dan cuenta de que ésta fue un cementerio, y lugar de muchos e importantes acontecimientos. El cronista Zárate dejó dicho que había en ella un adoratorio con jardín de oro a la manera del Coricancha, el cual no ha sido encontrado ni en vestigios. De otro lado, salvo una vasija de plata de extraña forma en la que aparece un pez antropomorfizado que lleva sobre el dorso un animal cadavérico, no se han hallado otras manifestaciones artísticas en el lugar. Aunque refiere el historiador del siglo XIX Clement Markham que en lo alto de uno de sus acantilados se encontraron un collar de oro con plaquitas con diseños repujados de pelícanos en cien posiciones distintas y una estatuilla de oro de seis a ocho pulgadas de alto.

Por otro lado, en San Lorenzo, frente al Callao, y en Chincha, específicamente en la caleta La Cruz, hubo en la época de la gentilidad importantes adoratorios y cementerios, en ambos trabajó a mediados de 1907 el arqueólogo Max Uhle; en el caso de Chincha halló no menos de tres mil tumbas, muchas de ellas pertenecientes a personajes encumbrados acompañados por un rico ajuar funerario, presumiblemente se trataría de curacas o señores principales del valle de Maranga o Bellavista.

En tanto en San Lorenzo, había un castillo o adoratorio dedicado a la diosa Luna; por las evidencias encontradas se puede decir que el templo existió, pero el lugar exacto de su ubicación se ignora.

El padre Arriaga cuenta que los indios del pueblo Huacho, cuando iban por el guano de las islas, luego de dos días de ayuno, hacían su sacrificio derramando chicha en la playa para que no les revolcara las balsas y cuando llegaban a la isla adoraban a la huaca Huamacántac (señor del guano) y le hacían ofrendas para que les dejase tomar el guano. Llegando al puerto hacían ayuno dos días más y luego bailaban, cantaban y bebían.

Se sabe que este culto siguió practicándose aún después de la llegada de los españoles en las playas cercanas a las islas Chincha. De allí que los cristianos, sintiendo temor por los demonios que salían a participar en las mencionadas ceremonias, trazaran en la ladera arenosa de la península de Paracas que da a la isla San Gallán –muy rica en estas manifestaciones paganas– las gigantescas cruces y candelabros que aún quedan en el sitio, y que son perfectamente visibles desde el mar y desde los islotes cubiertos de guano que frecuentaban los aborígenes.

La costa fue también durante mil años –primer milenio de la era cristiana– el país de los muertos, región dedicada exclusivamente al culto; encontrándose en ella numerosos templos. Advierte el arqueólogo alemán Heinrich Ubbelohde Doering que esta afirmación no debe tomarse en forma absoluta, porque durante el primer milenio de la era cristiana hubo en la costa algunos centros de población importantes, como Nasca.

Paracas, según el arqueólogo alemán, es uno de los mejores ejemplos para ilustrar la idea de la costa como país de los muertos, en donde según dice, enterraban hombres no del lugar sino de la sierra.

Los vecinos de Pacatnamu, en la boca del río Jequetepeque, corresponden a un gran centro de cultura religiosa con más de 60 pirámides y terrazas escalonadas del más diverso tamaño. Se practicaron muchos sacrificios, pues en las tumba, frente al mar, se halló gran cantidad de restos de sacrificios de llamas, lo cual hace pensar en cortejos fúnebres bajando de la sierra con grandes rebaños de auquénidos que eran sacrificados para contentar a los dioses.

Un hecho singular, también con respecto al tema de los muertos, es el hallazgo inicial de una balsa en miniatura por el arqueólogo Max Uhle en los cementerios de Arica, que lo hizo suponer que se trataba de un juguete para niños, pero subsiguientes hallazgos de otras similares, en las que se observó un delicado trabajo, no aparecían en las tumbas de los niños, sino con frecuencia en las tumbas de adultos, llevándolo a interpretar que, primero: se trataba de modelos (maquetas) para la construcción de balsas grandes y, segundo: que se trataba de embarcaciones para los espíritus, lo cual se basa en el hecho de haberse encontrado una balsa pequeña, en miniatura, con vela, conteniendo la momia de un feto.

Lo mencionado supone entonces que los habitantes de Arica de los primeros siglos de nuestra era, enterraban a sus muertos agregando en el conjunto del ajuar funerario una pequeña embarcación, en la creencia de que el espíritu del difunto la usaría para viajar al reino de ultratumba, el cual estaba allende el mar, quizá en las olas, o más allá del horizonte.

El padre Bernabé Cobo (1653) refiere que los indios con frecuencia practicaban un acto de lavatorio en privado para librarse de los males del cuerpo y del alma y arrojaban tales males a las corrientes de agua, ríos y arroyuelos, en la creencia de que esas aguas los botarían en el mar lejano.

Con respecto a las ofrendas, en el segundo mes del año llamado Camay, Cobo relata que en el Cusco se realizaban sacrificios de animales –practicados desde los tiempos del inca Tupac Yupanqui, dedicados a Viracocha–, cuyos restos eran molidos con flores, ají, sal y maní quemado; una parte del polvo se guardaba y otra era llevada al río. Se bailaba y bebía chicha en presencia del inca. Doscientos indios, cien colocados en cada extremo del río, arrojaban las cenizas con la idea de que los llevase al mar, morada de los dioses y tumba de los grandes espíritus.

Habían grandes fiestas, como la de Situa o Situa Quis, que desterraban los males y enfermedades de la tierra. Para ello los indios del más alto linaje se constituían en cuatro grupos y luego de verter la chicha sagrada en el agujero ceremonial, recorrían primero la ciudad por sus diversos barrios y luego salían hacia los cuatro puntos cardinales en frenética carrera, ondeando hachos de paja tejida ardiendo, con los cuales desterraban los males por donde pasaban, deteniéndose en los

ríos para la ceremonia pública de lavatorio, llamada Opacuna. Los del sur iban hacia Acoyapunco (hoy Angostura) y se metían al río Quiquisana, los que iban al oeste se bañaban en el río Apurímac, los que iban al este se sumergían en Pisac, los que tomaban rumbo norte, en el camino al Chinchaysuyo, terminaban en otro río. Se suponía que los cuatro ríos llevaban en sus aguas los males al mar.

La ceremonia se cumplía de noche; ya al amanecer todos acudían a las fuentes y ríos a lavarse, sacaban en procesión los cuerpos embalsamados de sus incas y estatuas de sus dioses y hacían sacrificios de llamas...

En la fiesta, toda la población intervenía, la animación general se realizaba en el Cusco y pueblos vecinos. Forasteros, hombres deformes o tarados eran sacados de la ciudad pues no se permitía su participación.

Por los meses de noviembre o diciembre se llevaba a cabo la fiesta de la siembra (que duraba varios días) y se sacrificaban niños. Se formaban dos bandas, la de los señores y la de los pescadores, es decir, se juntaban la tierra y el mar.

En diciembre, en Cusco, continuando las fiestas, se hacían sacrificios. Se arrojaban cenizas de un cordero al río del Cusco, las cuales llegarían al mar en señal de agradecimiento por los bienes recibidos durante el año. Las ofrendas eran echadas una hora antes de la puesta del Sol, y el último rito era arrojar dos cestos repletos de hojas de coca.

Un importante elemento empleado por los indios en los sacrificios eran las conchas del mar, de las que decían ser hijas de la mar. Las ofrecían de acuerdo al color, unas veces enteras otras molidas, otras quebradas en polvo y masa o en figuras. Fueron instrumento de comercio y una pieza de poderes mágico-religiosos. Tal como atestiguan algunos hallazgos, conchas originarias de un lugar eran utilizadas en lugares tan distantes como por ejemplo Paracas y las islas Galápagos.

Las conchas coloradas halladas en América Central, Ecuador, y en la región andina peruana jugaron un papel muy importante. Propias de los mares tropicales, procedentes seguramente del Ecuador, Colombia, Panamá o América Central. En ninguna tumba importante de la costa faltó la ofrenda funeraria de concha colorada, hallazgos de este tipo se han registrado por ejemplo en Chavín y Chan Chán.

Uno de los testimonios que el padre Felipe Medina, visitador general de idolatrías, cuenta de su visita de inspección por la costa del norte de Huacho, es el rito del cerro Corquín. Dice que el indio Juan Sodac, el veinticinco de febrero de 1650 contó que en dicho cerro se apareció el demonio a los indios pescadores ordenándoles le adorasen y le ofrecieran sacrificios so pena de viruelas, sarna y lepra. Siguiendo el derrotero de esta diabólica aparición, los extirpadores de idolatrías practicaron una excavación y encontraron muchas conchas coloradas; igualmente encontraron dos conchas cerradas y pegadas, y abriéndolas, encontraron dentro un ídolo verde con tres piedrecitas o granos también verdes, que dicen ser el origen de los pallares, del



Representación escultórica Mochica de un pez con tendencia realista.

Placa de oro Vicus con figuras engranadas de peces.



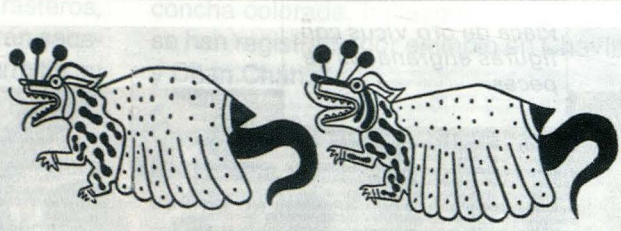


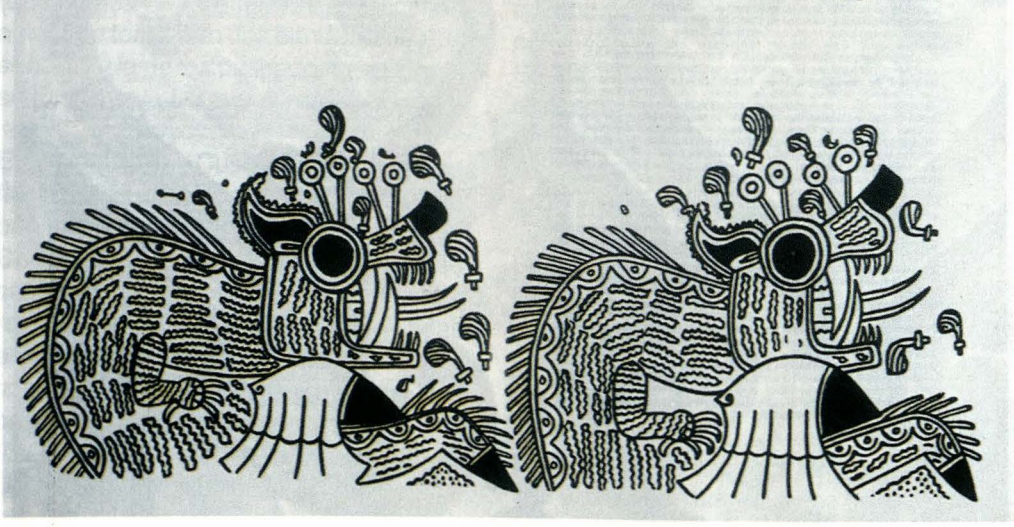
Escenas mitológicas de pesca y lucha en las que intervienen personajes del mundo marino. (Vaso de Trujillo)





Caracoles fantásticos representados en vasos de Trujillo





trigo y del ajo; también hallaron al ídolo principal que era "una piedra sarnosa", despreciable que representaba al demonio.

Las conchas también tenían uso medicinal, para hechicería, brujería, adivinación y sortilegios. El licenciado Polo de Ondegardo (1571), cuenta que para los hechizos de una mujer en demanda de amor se usaban unos embrujos hechos de plumas de aves y otros de hierbas o conchas de la mar o maíz, según la proveniencia.

Las conchas eran consideradas objetos de buena suerte, por eso los indios las llevaban consigo. El doctor Pedro Villar Córdova refiere que se han encontrado valvas marinas y caracoles perforados por el centro, unidos por una cuerda de cabuya o totora, de metros de largo.

El mullu era la concha marina considerada como la ofrenda de más valor. Se la utilizaba como medio adivinatorio, para la confesión y otros actos religiosos; era usado como material precioso de igual calidad que las quispe, perlas brillantes que se extraían del mar.

Estas ofrendas traen a colación otras como el agua del mar, que era llevada de la costa, por chasquis seleccionados, a través de cántaros. La mayor hazaña de estos transportes, cuenta Polo de Ondegardo, consistió en el retiro de la capa superficial de la gran plaza del Cusco (Aucaypata) y el relleno subsiguiente de esta área con arena de mar llevada desde la costa.

La plaza tomó así carácter sagrado, primero, por estar recubierta con arena de mar, proveniente del ámbito del dios andino más conspicuo: Viracocha y segundo, por ser lugar donde se realizaban las fiestas y sacrificios por la salud de todo el reino.

Las crónicas de los siglos XVI y XVII tienen muchas referencias respecto a la sal, producto obtenido de las salinas marinas, que aparece ligado a supersticiones, exorcismos, magia, fiestas y celebraciones religiosas prohibidas vinculadas al mar.

Esta se distribuía libremente, no había privilegio. Sus propiedades esterilizantes y anuladoras de las fuerzas fecundantes de la tierra, fueron utilizadas por los Incas para aplicar ciertas sanciones penales, para la destrucción de los campos de cultivo de quienes infringían la ley del Estado con desmedro de los derechos de la comunidad.

También fue usada por sus poderes mágicos como ofrenda en las apachetas, lugares de alto en la jornada de descanso, de meditación y reverencia, en las cuales el indio caminante imploraba ayuda a sus dioses.

Entre los pueblos de la costa regía una prohibición relativa a este producto en las épocas de ayuno y abstinencia, antes de grandes ceremonias. En el acto de casamiento del inca, un día antes, los que participaban en él ayunaban del ají y la sal y también lo hacían para la ceremonia de las orejas, con la cual los mozos alcanzaban el rango social de orejón; en las ceremonias de entierro los indios ayunaban comiendo sin sal, más adelante mataban una llama, la comían sin sal e invitaban al cadáver a comer.

El cronista indio Guamán Poma de Ayala manifiesta que en algunas regiones era una sustancia que producía maleficios y que por tanto debía ser evitada; era causante de la corrupción de la materia (como la muerte del cuerpo), mataba y esterilizaba los poderes fecundantes, envilecía y degradaba al hombre y por eso se prescindía de ella.

El mar recibió un especial culto entre los pueblos pescadores, que le ofrecían harina de maíz blanco, almagre, y otras ofrendas. En algunos casos su culto se encontraba vinculado al de la Luna.

Los mochicas, pueblo dedicado a la pesca y la navegación, veneraron al mar. La divinidad suprema mochica Aie Paec – estudiada por Larco– es considerada curandero, agricultor y pescador, y es representada usualmente sobre una balsa de totora rodeada de seres fantásticos, tanto en el mar como en el aire.

Los de Ancón y Pachacámac rendían también culto de gratitud al mar. La estudiosa Rebeca Carrión (1953) hizo referencia a unos escudos ceremoniales encontrados en gran número en las tumbas de la localidad de Ancón como ofrendas funerarias. Hechos de cañas forradas con telas de algodón, había pintadas en ellas figuras de la diosa femenina que presidía las actividades relacionadas con el mar.

Urteaga, investigador peruano, fue uno de los primeros en señalar la existencia de una divinidad marina en la antigua cultura Nasca. Tello, al respecto, señaló que podría tratarse del señor del agua o dios-pez, denominándolo Ticci Aka Kápax, personificación de la fecundidad con caracteres de mujer y ciertos símbolos de frutos y plantas. Puede decirse que este pueblo fue uno de los que elevó al más alto rango la idea del mar en el campo religioso.

LA FAUNA MARINA EN LAS CULTURAS ANDINAS

Los peces, cetáceos y demás animales del mar también eran elementos de culto entre los pueblos antiguos de la costa.

El arte Mochica registra un demonio antropomorfo que lucha contra un dios-pez, y que según Krickeberg, representa a la Luna que lucha contra una fuerza cósmica rival, el Sol, presumiblemente. Ello se debe a que los norteños adoraban a la Luna, diosa del mar y del guano, propiciadora de la buena pesca y que esparcía la lluvia y el rocío; en tanto que el Sol secaba los campos y quemaba a los hombres y plantas.

La cultura Paracas muestra representaciones mitológicas de pájaros marinos, caracoles y pescados de tendencia realista. Destaca un pez antropomorfizado con atributos humanos. Rebeca Carrión observa que la humanización de este pez es casi completa.

En Pachacámac, Uhle encontró figuras de peces pintados en color en sus muros, en la cerámica, en los tejidos y en las joyas.

En la cerámica Nasca aparece un monstruo marino de faz terrorífica, se trata de un delfínido de gran tamaño que ataca a

la ballena, por la que el pueblo Nasca sintió el más hondo respeto, deificándola y encumbrándola a la condición de dios, según un estudio realizado por el arqueólogo ruso Eugenio Yacouleff.

Por otro lado, tenemos al pez en el arte Chavín, estudiado por Julio C. Tello. Los patrones básicos de sus representaciones religiosas se caracterizan por ser demoníacas y míticas. Figuran entre ellas: un dragón, un monstruo ictiomorfo, felinos humanizados de "aspecto cadavérico".

Asimismo, el Obelisco Tello, descubierto en 1908 bajo tierra, en un campo de cultivo, presenta felinos, un cóndor, un monstruo serpentiforme y un pez "alargado, tiene cabeza de felino, está provisto de una especie de collar a nivel de las agallas; tiene una aleta ventral, otra dorsal y dos caudales, parece todo él formado por dos caudales doblados en asas unidas en la cola por medio de un cordón".

Este pez aparece representado como ser secundario en la Estela de Yaula, descubierta también por Tello en 1919. Es la mejor representación de la divinidad ictiomorfa del pez. Consiste en un monstruo que parece estar sentado con los brazos abiertos y las manos dirigidas hacia arriba. La cabeza felina y cuerpo de pez. Dios-pez que simboliza a la Luna.

Las aves marinas estuvieron conectadas con los ritos de la fertilización de la tierra en la mayoría de los pueblos del litoral. En el arte Nasca las gaviotas tuvieron significación religiosa pues anunciaban abundante cosecha.

Para los mochicas el águila marina fue un ave mitológica y según Yacouleff inspiró la representación ornitomorfa del arte chavín. Este animal aparece en los huacos escultóricos de la cerámica mochica, en los que figuran en complicadas escenografías acompañando a guerreros y ayudándolos a atacar a sus enemigos, volando encima de sus prisioneros.

El arqueólogo ruso Yacouleff refiere que las representaciones del águila marina en la cerámica Chicama y Mochica –que Tello identifica con el cóndor– tienen una estrecha relación con el tipo ideal de guerrero y figura como un aliado protector de sus armas. A este animal se le hacían ofrendas con la sangre de los prisioneros.

Otro animal sagrado fue la ballena, dios de los peces. Su culto se mantuvo siempre acentuado y fue defendido cuando los incas exigieron la unificación de la fe.

Las famosas líneas de Nasca y Palpa registran la figura de una ballena en un sector que cubre un rectángulo de dos kilómetros y medio de largo por un kilómetro de ancho, cortado a la mitad por un cauce de agua, seco hoy. Se compone de dos plazoletas rectangulares, muchas rayas y dibujos en los que destaca el cetáceo.

La nutria o gato marino, conocida también como zorro fluvial o tigre de agua también fue considerada una deidad y llevada a representaciones artísticas. Su presencia inexplicable en todas las regiones, tanto en el mar como en lagos y ríos y su espantable físico, debieron causar impresión en la mente del hombre antiguo, provocando la transformación mítica.

Una función muy importante cumplió dentro de las ideas religiosas el lobo marino, pues era el que trasladaba las almas de la tierra de los vivos a la tierra de los muertos, más allá en las islas, en donde descansarían para siempre.

Krickeberg, nos recuerda en su tratado de etnología americana que los lobos marinos aparecen integrando una trinidad mitológica muy remota: la lechuza (o buho), la serpiente y un mamífero: el lobo de mar. Según Tello, su veneración se remonta al horizonte Chavín.

No menos importancia tiene la presencia del cangrejo en la cultura Mochica, apareciendo también como una divinidad; a él se enfrentaba el dios principal, Aia Paec, quien naturalmente vence al crustáceo. Este personaje estaba provisto de poderosas tenazas capaces de triturar al más fuerte de sus oponentes. Abundan sus representaciones en los vasos bícromos de asa-estribo del Norte.

Finalmente mencionaremos al caracol marino, este molusco de mar jugó un rol fundamental en la imaginación del hombre primitivo. En el arte Chimú y Mochica se han encontrado figuras de un dragón conchado. En la Chimú deriva de la concha *spondyllus,* y en la Mochica del *strombus galeatus* y del *sculatus protens.* Sobre el significado del caracol, Tello afirma que representa a las cosas del mundo y de las ideas, subrayando que se observa en las representaciones artísticas el poder mágico que se le atribuía. El hombre antiguo tenía la creencia de que en él vivía un ser sobrenatural que produce agua y recorre la tierra regando y repartiendo gérmenes.

Lo expuesto corresponde básicamente a una descripción de las creencias y formas de vida religiosa de los hombres del mundo andino extraída de los testimonios cronísticos, arqueológicos y etnográficos. Las breves interpretaciones que se han señalado no son sino una primera aproximación al significado real del riquísimo mundo sobrenatural que inventó el poblador de estas tierras para explicarse de manera coherente el mundo que lo rodeaba y su propia participación en él, y que trataremos de abordar próximamente.

BIBLIOGRAFIA

Hermann Buse de la Guerra, *Historia Marítima del Perú,* Tomo II, Volumen 1.
María Rostorowski, *Estructuras Andinas del Poder.*

SERVICIOS INDUSTRIALES DE LA MARINA

SIMA_PERU

OFICINA PRINCIPAL
Avda. Contralmirante Mora 1102
Base Naval, Callao-Perú
Teléfono: (0051-14) 653420/655541
Fax: (0051-14) 657966

GERENCIA DE COMERCIALIZACION
Avda. Contralmirante Mora 1102
Base Naval Callao-Perú
Teléfono: (0051-14) 657357/291081
Fax: (0051) 650664



SIMA CALLAO: Nuestro más grande astillero para construcción y reparaciones navales de alto bordo en la costa del Pacífico Sur.

SIMA CEFAR: Nuestro centro de fabricación y reparación de armas.

SIMA CHIMBOTE: Un astillero para construcción de naves de bajo bordo, así como también reparaciones de barcos de gran porte y un centro de fabricaciones para la industria metal mecánica.

SIMA ELECTRONICA: Centro especializado en la reparación, fabricación, montaje y planificación de sistemas electrónicos de navegación de uso estacionario, tanto civil como militar.

SIMA IQUITOS: En pleno Río Amazonas; un astillero para construcción y reparación de naves fluviales.

Esta importante actividad que desarrolla nuestra Empresa, por más de cuatro décadas, mantiene su vigencia poniendo a prueba toda la capacidad y experiencia de nuestros astilleros.


OCEANO GLACIAL ARTICO
MAR DE NORUEGA
MAR DE BARENTS
MAR DE KARA
MAR DE LAPTEV
MAR DE SIBERIA ORIENTAL
MAR DE BERING
ISLANDIA
FINLANDIA
SUECIA
NORUEGA
UNION DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS
LLANURA DE SIBERIA OCCIDENTAL
MESETAS DE SIBERIA CENTRAL
MONTES URALES
Kazakstan
MONGOLIA
DESIERTO DE GOBI
Mongolia Interior
Sinkiang
AFGANISTAN
PAKISTAN
INDIA
CHINA
MAR ARABIGO
GOLFO DE BENGALA
Bombay
Madras
Calcuta
SRI LANKA
Colombo
MALDIVAS
MALAYSIA
SINGAPUR
BORNEO
CELEBES
JAPON
MAR DEL JAPON
MAR AMARILLO
MAR DE LA CHINA MERIDIONAL
OCEANO INDICO
MAR DE JAVA
Yakarta
MAR DE BANDA
MAR DE TIMOR
70
85
100
110
120